Apuros del comienzo
Autor: Manolo Campa

Dejé la Habana porque allí los desengaños y las frustraciones mataban mis ilusiones. Llegué a Miami, casi sin nada material pero lleno de esperanzas… con un entusiasmo casi infantil, como el que disfrutaba de niño cuando estrenaba zapatos nuevos.

Sentí una gran satisfacción cuando empecé a funcionar en los Estados Unidos: En un lugar que llamaban "El Refugio", me ayudaron con el papeleo requerido para ser un refugiado dentro de la ley. Con capacidad y en un marco de respeto y gentileza verificaron mi pasado y me orientaron para el presente.

Cuando por primera vez me hablaron en inglés, no entendí "ni jota". Pero sonreí y empecé a hacerme entender con mímica: decía "no", moviendo la cabeza de derecha a izquierda y "yes", moviéndola de arriba a abajo.

Me sentí enrolado dentro del sistema mercantil norteamericano cuando me asignaron un número de "social security". Ya podía trabajar, hacer negocios: comprar, vender, ganar, perder… Ya estaba registrado para empezar y nunca terminar de pagar impuestos.

Me recomendaron memorizar esas nueve cifras pero en mi cerebro ya no cabían más: tenía la dirección de mi casa en números y dos letras seguidas de otros números y otras letras. Nunca me fue fácil recordar números de teléfonos y ahora, solamente el de mi casa tiene siete, más tres de "área code". Y para cooperar con los carteros he tenido que archivar en mi memoria otros cinco de la zona postal en donde resido.

Encontré trabajo. Me sentí en la gloria… hasta que empezaron mis tropiezos: Para poder llegar sin contratiempos a mi nuevo empleo, compré un automóvil usado -muy usado- y empecé a tenerlos de verdad. Las gomas no tenían estrías y resbalaban sobre el pavimento como "quimbombó en plato llano". El acumulador en las mañanas húmedas no funcionaba… y en las soleadas lo hacía si le daba la gana. Le echaba aceite por el tubo del motor arriba, y le salía por un hueco en algún lugar abajo.

Para poder manejar por la Florida tuve que obtener la licencia de conducir y comprar un seguro que resultó más caro que el precio del auto. Para pasar el examen de "chofer" estudié como nunca lo había hecho. Sin grandes honores aprobé el examen escrito y me suspendieron un montón de veces en el "práctico": por no parar en un "stop"… por no parar en firme… por parar antes de tiempo… por no poder aparcar o por hacerlo mal… otra por no cederle el paso a un peatón, y encima de ello, por asustarlo con un "cornetazo". Una vez lo había hecho todo bien hasta que me ordenaron doblar hacia el "left" y lo hice hacia el "right".

Desde mi llegada, todas las noches estuve tomando clases de inglés. Después de algunos años de constancia me promovieron del curso para Principiantes. Tengo la impresión de que aquel maestro me “graduó” de su clase, más por su frustración que por mi progreso.

Aprender inglés para mí fue difícil. Cuando me hablaban oía “ruidos” que no lograba descifrar… y cuando hablaba parecía que lo estaba haciendo como los maleducados que hablan con la boca llena. Mis sonidos podían ser de otras lenguas menos de la inglesa. Ni yo mismo entendía lo que decía. Pero sonriendo seguí diciendo “yes” y “no”, y “jai” y “senkiu”. Me convertí en un experto en el idioma internacional de las señas y las sonrisas… así me expresaba y me entendían… o yo creía que me entendían.

Los apuros que pasé durante los primeros años de mi llegada a esta gran nación, valía la pena haberlos pasado: Encontré y disfruto la libertad que vine a buscar. Expreso mis opiniones sin temer a represalias. Tengo derechos que son respetados. Mediante el voto, escojo a los que creo más capacitados para gobernar. He aprovechado las oportunidades de progresar, iguales para todos, solo condicionadas al trabajo, el esfuerzo y la honradez del que las quiere alcanzar.

Me siento profundamente agradecido a esta nación norteamericana que me acogió. Que recibió también a mis padres y a mis tíos, a los que siendo ancianos ayudó y protegió. Todos ellos yacen en cementerios de Miami. Y aquí también nacieron mis descendientes norteamericanos: hijos, nietos y bisnietos.

Le pido a Dios su bendición para los Estados Unidos de Norteamérica… que le conceda paz, armonía y prosperidad.